

Por Álvaro Correa
Arroyave**

RELATOS DE MI INFANCIA. EL EPISODIO DE LA BICICLETA*



Escribir jamás fue fácil ni para aquel
quien tiene mil historias por contar. Pero lo hago y lo disfruto.

ÁLVARO CORREA ARROYAVE

* Texto resultado del curso de Escritura creativa promovido por el Departamento de Promoción y Bienestar Institucional de la Universidad Santo Tomás.
** Ingeniero de Minas y Metalurgia por la Universidad Nacional de Colombia; doctor en Mecánica de Rocas por la Université de Grenoble, Francia; especialista en Técnicas Modernas de Voladura para Obras Civiles y Militares por la Escuela de Ingenieros Militares, Bogotá; técnico laboral en Seguridad Ocupacional por el Incap. Cuenta con experiencia en minas, canteras y túneles. Docente de la Facultad de Ingeniería Civil de la Universidad Santo Tomás.
Correo electrónico: alvarocorrea@usantotomas.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4420-0106>

Aquella noche llovía a cántaros. Los cristales empañados del ventanal casi no permitían descubrir el espejo de agua que comenzaba a formarse en el pavimento recién construido de nuestra cuadra; no obstante, atónitos, mirábamos caer las gruesas gotas de lluvia que de tanto en tanto iluminaban los relámpagos de aquella noche. Un cristal roto dejaba filtrar un poco del diáfano líquido, que aprovechábamos para limpiar la ventana y observar lo que ocurría en derredor. Al rato, cansados y en compañía de la lluvia, nos fuimos al cuarto a charlar sobre banalidades, sueños irrealizables. Éramos tres pipiolos, de 12, 11 y 10 años, en edad de merecer, quienes compartíamos el mismo cuarto y nos acomodábamos en solo dos camas; las restantes cuatro hermanas compartían dos cuartos, sus sueños eran otros, sus edades infantiles. Éramos una familia paisa, comandadas por un sargento, quien con sus pocos ingresos

Un cristal roto dejaba filtrar un poco del diáfano líquido,
que aprovechábamos para limpiar la ventana y observar
lo que ocurría en derredor.

debía velar por que nada faltara. Pero en verdad, lo único que sobraba en nuestra modesta morada eran las carencias.

Era la época de los hallazgos. Sí, recientemente habíamos descubierto quien era el Niño Dios, después de una pista muy convincente que nos había dado el 'parce' de la cuadra, un 'pastusito' muy vivarachón, cómplice de nuestras aventuras juveniles. Avizoramos igualmente que el negro pavimento que vino a reemplazar los ahuecamientos y lodazales color marrón de nuestra calle, eran la oportunidad de volver a insistirle al recién desenmascarado Papá Noel, una vez más, la birrueda que nos había prometido varias navidades atrás. También desvelábamos las delicias de una fémina compañía.

Al amanecer, un radiante sol nos dio los buenos días y asintió percatarnos que el antejardín de la casa, en el que otrora coquetos se mecían un San Joaquín, un rosal y otras bellas y coloridas matas, geranios, mirtos y novios, habían desaparecido; no resistieron el furioso vendaval.

Y lo merecido al fin llegó a nuestras vidas. Pasados algunos días de aquel diluvio de mayo, tuvimos la bicicleta o al menos era algo parecido; recordaba el poema de Marroquín, "podría decirse que aquello ni era bici ni era nada". También tenía dos desgastadas ruedas, aunque faltaban algunos radios, un desconfigurado manubrio, faltaba uno de los pedales, la cadena no calzaba en toda su nervadura, un deteriorado cojín, a modo de sillín, ¡ah!... el color era difícil de identificar y los frenos, 'pos' ni falta que hacían. El encargado de cuidar que

no nos cayésemos, también estaba encargado de frenar; por supuesto que tampoco necesitábamos los pedales, pues para eso el tercero en turno halaba de un lazo.

Esta cuasi bicicleta parecía más el fruto de un decomiso por faltas contra la salud pública que una negociación 'kiliada' por un velo de tercera; pero así y todo la disfrutamos —¿o la sufrimos?— por algún tiempo, mientras aprendimos a mantenernos sobre ella algunos minutos. ¡Ah!, qué felices que éramos en esos tiempos, nada teníamos, pero tampoco nada faltaba. El mundo era nuestro, aunque pequeño, pues sus confines terminaban en la tercera cuadra en donde quedaba la iglesia y hasta allí teníamos permitido movernos.

Las caídas eran frecuentes, lo que agravaba cada vez más el ya deteriorado estado de nuestra bici, pero también los regaños de nuestra matrona, quien nos veía llegar con raspaduras y moretones, cuando no botando sangre por boca y narices, pantalón y camisa rotos; y por supuesto, ropa 'pa'l' lavadero, y la cantaleta y la amenaza de prohibirnos continuar ejercitándonos en el deporte que nos hacía visibles en el país por ese entonces, y a la vez del disfrute de aquellas sensaciones que estábamos comenzando a experimentar, la velocidad, el descubrimiento del entorno y las miradas de las minas que, de cuando en vez, se cruzaban

¡Ah!, qué felices
que éramos en
esos tiempos, nada
teníamos, pero
tampoco nada faltaba.

¡ah, pastusito!, a veces como paisas

quedábamos relegados a la mera

fama, en tanto que él disfrutaba de

nuestro velocípedo, el que cada vez nos

demandaba más nuestros centavitos y a

él, más, sus escapaditas.

con las nuestras, como queriendo descubrir aquél Cochise Rodríguez o Ñato Suárez que llevábamos dentro.

Cuando ya nos sentimos un poco diestros y ahorrando hasta el último centavo de los que nos daban para el algo y el dominguero, medio reparamos nuestro móvil. El 'pastusito' resultó ser un verdadero mecánico; con su destreza y sus mañas puso a rodar nuestro caballito de acero. Claro, él también tendría derecho a darse sus escapaditas, que por lo general eran bastante largas y frecuentes. Pastusito, ¡ah, pastusito!, a veces como paisas quedábamos relegados a la mera fama, en tanto que él disfrutaba de nuestro velocípedo, el que cada vez nos demandaba más nuestros centavitos y a él, más, sus escapaditas.

Día tras día nos volvíamos más expertos, ya arrancábamos, frenábamos y nos sosteníamos por sí solos; acelerábamos, menguábamos la marcha y dábamos vueltas en pequeños círculos; claro, las caídas también aparecían con frecuencia y también la disputa por montarla. A veces pasaban días sin que alguno de nosotros la tocáramos, ya fuera porque el más 'avión' la había tomado a deshoras y se había perdido toda la tarde, porque las tareas escolares nos llamaban más acuciosamente o porque sencillamente estábamos castigados por alguna pilatuna.

Y al final llegó el día en el que quien más la disfrutó fui yo; bueno, no solo fui quien más la

disfrutó ese día, sino también quien la condenó al rincón del gran solar que teníamos en casa. Fue una lástima, nada premeditado, pero así son las cosas y por más que 'pataliemos', nada podemos hacer para cambiarlas, ¿o sí?

Era una hermosa tarde de octubre, aprovechando el descuido de mis hermanos, sigilosamente tomé mi monovehículo, atravesé el zaguán, abrí la puerta de la calle, la cerré cuidadosamente al salir y muy orondo la monté y puse pies en polvorosa. Al mirar atrás, vi cómo uno de mis hermanos me manoteaba, como diciendo: ¡me las vas a pagar! Y yo me temía que así sería, pero sin pensar en las consecuencias di un par de pedalazos más y pronto me encontré fuera de su alcance.

La brisa acariciaba mi rostro, la velocidad me hacía sentir libre, el sol brillaba y el cielo azul parecía presagiar una velada inolvidable. La bicicleta ya lucía más presentable, aunque conservaba las secuelas de las múltiples caídas. Yo aceleraba, frenaba, me detenía. Escudriñaba las personas que pasaban por mi lado; por supuesto que cuando una linda 'culicagadita' estaba esperando que yo pasara para cruzar la calle, yo aminoraba la marcha para darle paso y así tener el placer de admirar sus bellas formas y disfrutar su danzante caminar; y, después, la miradita. Claro, ellas andaban en lo suyo, yo era solo accidental; pero yo también andaba en lo mío, y lo mío era eso, pues me permitía echar a volar mi imaginación, que en aquellos tiempos creo que no era más que la miradita, pues si a ellas se les hubiese dado por agradecer, de seguro que yo me habría caído de la bici, como efectivamente ocurrió.

Absorto en mi yo, me dirigí al barrio vecino donde vivía una linda doncella de mi edad, que



Y el viejo ni siquiera notó que el vetusto

‘diciclo’ ahora yacía en un rincón del solar.

estudiaba en el mismo colegio y que al tomar el bus escolar que nos transportaba a diario, forzosamente nos mirábamos. A mis años, pensaba que una leve sonrisa, un gesto o quizás un saludo como, por ejemplo, ¿qué haces por aquí?, hubieran podido ser un triunfo comparable al de Don Quijote con los molinos de viento en Consuegra. Iba tranquilo, di una, dos y hasta tres vueltas por la cuadra donde se encontraba su casa, pero nada. La puerta permanecía cerrada y no daba visos de que alguien quisiera abrirle.

Me dirigí a una tienda, pedí una gaseosa y esperé, esperé y esperé, siempre atisbando la puerta de aquella prisión que no me permitía ver al ángel que había ido a buscar, hasta que al fin la puerta se abrió. Veloz cual rayo, tomé mi caballito con tan mala suerte que, en mi carrera, no me percaté que un objeto color marrón —muy parecido a las chuspas de papel en la que en aquellos tiempos se envolvía el pan y los recortes— era realmente un trozo de ladrillo. Al pasarle por encima, salí rodando por el suelo, antes que la bici me acabara de rematar.

Al levantarme, todo adolorido, con rasguños por todos lados y ensangrentado, la camisa rota y la bici hecha trizas, volqué mi mirada hacia

la puerta aquella en la que efectivamente estaba ella, mi linda Marielita, quien observaba la batahola en compañía de sus padres y hermano. ¡Y quiero estar seguro de que ni siquiera sospechó quien era el accidentado aquel! Y así terminaron para mí, el amor que me habría podido prodigar mi Marielita, un amor que se extinguió sin haber nacido, y la posibilidad de convertirme en un campeón. ¿Bueno, y qué tal que hubiera sido cierto? Nunca se sabe, nunca se sabe.

Con la cola entre las patas, como reza el refrán, tomé lo que había quedado de la bicicleta, con su rueda delantera convertida en un literal ocho, con una docena de radios sueltos y el cuadro a punto de partirse, y aparecí en la casa. Fue tan grande el golpe que me di, que mi mami ni me regañó, pero sí condenó a los restos de la máquina a dormir el sueño de los justos en un rincón del solar. Mis hermanos tampoco dijeron nada, aunque de seguro pensaron que me lo merecía por malandrín.

Y el viejo ni siquiera notó que el vetusto ‘diciclo’ ahora yacía en un rincón del solar. Quizás el país en esos momentos se despedía de un Egan Bernal, sin siquiera haberlo descubierto. ■